

INDUSTRIA, AGRICULTURA Y CRECIMIENTO ECONÓMICO: LAS CONSERVAS VEGETALES Y EL REGADÍO EN LA RIOJA DURANTE EL SIGLO XX

José Ramón Moreno Fernández

1. Introducción.

Hacia los años sesenta del siglo XIX comenzó el despegue, en Logroño y Calahorra, de la industria española de conservas vegetales. Esta circunstancia y su rápido crecimiento posterior hicieron que La Rioja siguiera siendo la región líder del sector entrado el siglo XX. Sin embargo, a pesar de su importancia para el análisis de las industrias de conservas vegetales y para la propia comprensión de la trayectoria del crecimiento riojano, esta es una cuestión pendiente de análisis¹. Carecemos todavía de lo más básico: faltan los estudios de las empresas y los empresarios representativos, faltan trabajos detallados sobre su comportamiento tecnológico, sobre la organización del trabajo, sobre su sensibilidad ante los cambios coyunturales, etcétera. No disponemos más que de algunos datos genéricos y fragmentarios que informan parcialmente acerca de la importancia de la industria agroalimentaria riojana. En este trabajo no vamos a cubrir esas lagunas, teniendo en cuenta que la investigación no ha hecho más que comenzar. Además, ni se podría ni se pretende estudiar el sector con todo detalle. Sí, en cambio, analizaremos con alguna profundidad la aportación que las conservas vegetales hicieron al crecimiento económico regional. Y ello desde dos perspectivas complementarias.

En primer lugar, se trata de identificar la relación histórica entre las conserveras y el proceso de industrialización riojano. Aun a sabiendas de que resulta muy complicado desagregar la aportación al crecimiento regional que hicieron los diversos sectores existentes. Es más, habida cuenta de las estrechas conexiones entre unos y otros, tampoco sería muy operativo intentarlo. De momento, bastará señalar algunos de los vínculos más obvios: las industrias agroalimentarias, tales como la vinícola y las conservas vegetales, configuraron una sólida base exportadora y actuaron como

¹ Contamos únicamente con los trabajos de Ochagavía (1950), con la visión global sobre el sector que realizó Martínez Carrión (1989), y con visiones de la economía riojana a largo plazo, como las de Bermejo Martín (1993), Climent (1992), Franco Aliaga (1994) y Moreno Fernández (2001).

generadoras, ya en el primer tercio del XX, de una cierta diversificación industrial. Lo cierto es que, como veremos, no se puede dudar del dinamismo introducido por el «complejo conservero y vitivinícola». Se produjeron abundantes efectos de arrastre hacia atrás, con la fundación de establecimientos dedicados al metal y encargados de la reparación y construcción de maquinaria auxiliar para estas industrias, de los cuales serían buenos ejemplos los talleres y fábricas de estampaciones metálicas, de hojalatas, de tonelería o envases y las fábricas de maquinaria destinada al uso de la industria agroalimentaria. En algunos casos, incluso, tuvo lugar un proceso de integración parcial hacia atrás de muchas conserveras, que crearon sus propios talleres de hojalatería para la fabricación de los envases. Respecto de la agricultura, se asentaron los estímulos precisos para consolidar un modelo agrícola intensivo, más remunerador y más diversificado que en las pasadas épocas del monocultivo vitícola.

Se generaron también arrastres hacia delante. Las empresas organizaron alianzas y grupos de presión que se concentraron en mejorar el conocimiento y el control que los productores locales tenían de los mercados regionales y extranjeros. Se fomentaron también, por último, otros establecimientos industriales y comerciales ocupados en la producción y distribución de aquellos bienes de consumo cuya demanda se había avivado al calor del incremento de rentas introducido por el dinamismo descrito. Un incremento de rentas que era resultado tanto del empleo creado por las conserveras como de la mejora que experimentaron los agricultores en la comercialización de productos hortícolas.

Sería muy presuntuoso, por tanto, intentar fijar de forma siquiera aproximada cuál fue el papel que en este proceso correspondió a las conservas, cuál a la industria vinícola y cuál a otras iniciativas empresariales. Nos conformaremos por ahora con señalar la complejidad de los efectos y la intensidad con la que esta base exportadora sirvió para movilizar los recursos regionales en la dirección de una retroalimentación positiva en la que causas y consecuencias a menudo se confunden.

En segundo lugar, se intentarán mostrar más detalladamente algunas de las ligaduras existentes entre la industria de conservas vegetales y el sector agrario riojano. En otras industrias agroalimentarias, como las azucareras, por ejemplo, las cosas están claras: había un dominio total de la industria sobre los productores de remolacha; dominio basado en la intervención directa de las azucareras en la gestión agrícola a través de los cupos, los suministros de abonos y semillas, etcétera. Con las conservas, sin embargo, no está tan claro. Parece que, en un principio, el nacimiento de la industria en La Rioja del siglo XIX puede interpretarse como un resultado de las condiciones agronómicas de los regadíos del valle del Ebro. Pero, a partir de la consolidación del núcleo industrial conservero en Calahorra y en Logroño, también se produjeron efectos inversos que

indujeron cambios en la agricultura. Una parte del sector agrario, más en concreto, la agricultura centrada en cultivos intensivos, con objetivos comerciales, disfrutó de una demanda sólida y creciente que hubo de colaborar decisivamente en su dinamización, sin dejar de influir sobre las posibilidades de crecimiento de la industria conservera. Después de una breve fase inicial, de la que, por cierto, lo ignoramos casi todo, parece más correcto hablar de una interacción compleja entre industriales y agricultores. Interacción que, muy probablemente, fue cambiando de signo a impulsos de los cambios de coyuntura. De todo ello, a largo plazo ha quedado un sistema agrario ligado al «complejo conservero y vitivinícola», es decir, una agricultura emprendedora, de alto valor añadido, que estriba, en el caso de las frutas y las hortalizas, en el uso de las mejores tierras de regadío y de abonos inorgánicos.

En las páginas siguientes empezaré por describir, de forma rápida, la trayectoria de la industria conservera riojana desde sus orígenes. En el segundo apartado se hará lo mismo con la evolución del regadío y de la producción de frutas y hortalizas, la materia prima sobre la que trabajaban las conserveras. Por último, se mostrarán algunos de los vínculos que ligaban a los dos sectores en una evolución conjunta. Será, en cualquier caso, una simple aproximación en la que, por encima de unas pocas certidumbres, abundarán las hipótesis de trabajo.

2. La trayectoria de las conservas vegetales riojanas.

La industria conservera ha sido y es todavía hoy un sector clave en la economía riojana. En 1962, por ejemplo, con la excepción del vino, que superó los 130.000 hectolitros, el conjunto de la exportación riojana se reducía a cuatro capítulos del ramo de las conservas alimentarias, muy relacionados entre sí: las conservas vegetales —pimiento, tomate, alcachofa, espárrago, champiñón y setas—, las conservas de frutas, la industria cárnica —chorizo y lomo «embutido»— y los encurtidos —aceitunas rellenas y pepinillos en salmuera—. Estos cuatro apartados sumaron una exportación superior a las 1.600 toneladas métricas². Lo mismo venía sucediendo desde el periodo 1890-1935 y durante el primer franquismo. La Cámara de Comercio publicó en 1947 un registro en el que figuraban 80 empresas con licencia de exportación. De éstas, como era de esperar, había 22 bodegas y nada menos que 38 industrias conserveras³.

Todavía hoy, incluso a pesar de la mayor diversificación de la industria riojana, sigue manteniendo parte de su anterior importancia. Entre 1985 y 1990, los preparados

² Cámara Oficial de Comercio e Industria (Coci), (1962/1963).

³ Coci (1947). Entre éstas, la mayor parte estaban domiciliadas en La Rioja Baja, en Calahorra, Alfaro y Rincón de Soto, con la excepción de 10 empresas logroñesas y 1 de Haro.

de frutas y hortalizas se mantenían en el 8,5 por 100 de la exportación riojana, siendo el tercer sector en importancia, sólo detrás del consabido vino y del grupo de «máquinas y aparatos, material eléctrico», que ocupaba la segunda posición⁴. Un grupo que, por lo demás, tiene sus orígenes históricos en una labor auxiliar de la industria agroalimentaria, que ha conservado hasta casi nuestros días. Todavía en 1954, los talleres mecánicos que existían en La Rioja se orientaban a la satisfacción de la demanda local, y esta demanda se entrelazaba con la composición de la estructura económica riojana, de manera que el metal se concentraba en la fabricación de artículos y maquinaria para bodegas y almazaras, y en el suministro de material agrícola y maquinaria para las fábricas de conservas⁵.

Estos ejemplos, tomados de fechas diversas de la historia reciente, no son los únicos, pero sí bastan para mostrar el grado de importancia de la industria conservera en la economía riojana. Un fenómeno que arranca, en Logroño y Calahorra, durante los años sesenta del siglo XIX. Aunque, como es lógico, ya antes se produjeron algunos balbucesos. La mitología regional, muy puntillosa con lo antiguo y lo pionero, ha sugerido que los primeros ensayos españoles sobre el método Appert fueron realizados en Logroño por un farmacéutico, José Elvira, en los años cuarenta⁶. Evidentemente, no se trata de un mérito especial, dado que Appert había publicado sus descubrimientos treinta años atrás⁷. Pero sí es un buen síntoma de un clima de cambio que terminó por dar sus frutos. También parece que hay indicios de que, en fecha tan temprana como 1848, Prudencio Trevijano estableció una fábrica pionera. Este establecimiento embotaba melocotones y parece que en su fundación fue importante el patrocinio del marqués de La Habana —concuñado de Espartero y metido, con él y con el marqués de

⁴ Cámara Zorzano (1993: 92-93).

⁵ Sin descartar que algunas empresas hubieran «extendido su radio de acción a toda la península, principalmente Castilla la Nueva y Andalucía», lo cierto es que, entonces, seguía pareciendo más segura la fabricación y reparaciones «de material agrícola y maquinaria de fábricas de conservas»; Consejo Superior de Industria (1954: 183).

⁶ Elvira fue también autor de trabajos sobre la agricultura y estuvo implicado en ensayos vinícolas; un ejemplo en su *Memoria* (1861). Su participación en los ensayos de conservación se menciona como de pasada en un artículo de Sáenz Cenzano (1948: 49), por lo que bien pudiera ser falsa. El tal autor, pocas veces riguroso, en ocasiones se dejaba llevar por su riojanismo hasta la ofuscación. En otro trabajo sobre la agricultura riojana (1951: 372-373) se exaltaba con sus virtudes y establecía un «símil con la California americana», añadiendo, de su propio colete: «no sorprendería la noticia de que hubo en ella algún pionero de nacimiento riojano, introductor de simientes españolas».

⁷ Derry y William (1977). Un resumen de la evolución técnica de la conservación de vegetales en Martínez Carrión (1989: 620-623).

Murrieta, en experimentos vinícolas—⁸. En todo caso, no duró mucho tiempo y lo cierto es que fue en torno a 1860 cuando despegó la industria conservera.

Las Estadísticas de la Contribución Industrial dan fe de ello. Un decenio atrás, en 1852 o en 1856, no figuraba en ellas ningún establecimiento de estas características⁹, pero en 1863, había ya en torno a Calahorra 8 de las 20 fábricas existentes en España¹⁰. A partir de aquí, las instalaciones se multiplicaron. En 1876 había 24 fábricas, en Logroño, Calahorra, Lardero y Pradejón; en 1886 eran «más de cuarenta»; en 1900 se habían alcanzado ya las 49, en 1915 las 51 y en 1933 las 90¹¹.

En la mayor parte de los casos, el proceso de producción no podía ser más sencillo. De hecho, el embotado de frutas y hortalizas se hacía al natural, añadiendo azúcar cuando era necesario, pero sin mayores elaboraciones. El proceso de manipulación se reducía, como afirmaba el Consejo Superior de Industria (1954: 186) a «la limpieza del fruto, el pelado que en la mayoría de los casos es necesario, el enlatado, cierre de la lata y esterilización de la misma»¹². Se trataba, sobre todo, de conservas de pimiento, de tomate y de melocotón.

El rápido crecimiento de la industria no pasó inadvertido para los contemporáneos. Incluso en fechas iniciales del despegue, como 1876, había conciencia de que las conserveras empezaban a cambiar la fisonomía de la región. Según Delgado y Masnata, en un análisis a medio camino entre la producción agraria y la industrial, los productos principales eran:

⁸ El curso de los acontecimientos se puede seguir, no sin ciertos tropiezos, en Ochagavía (1950 y 1955).

⁹ Ver Nadal (1987: 32-34) y Martínez Carrión (1989). Sin embargo, según Ochagavía (1950: 493), en Calahorra se fundó ya una fábrica en 1854, la de Rafael Díaz. Tal vez la novedad de esta industria aún no la hacía merecedora de una categoría específica en las ECI.

¹⁰ Gallego, Germán y Pinilla (1992: 157).

¹¹ El dato, poco preciso, de 1886 es de Hermua (1886). Los de 1900 y 1933 en Martínez Carrión (1989: 628). El de 1915 en Consejo Provincial de Fomento (1915). Esta última cifra procede de una estadística industrial provincial y nos sirve, de paso, para matizar la precisión de las Estadísticas de la Contribución Industrial. Las ECI, en 1915, sólo recogen 42 establecimientos, 9 menos que la estadística elaborada en la provincia. Como es sabido, el fraude, las exenciones y las distintas tipologías tributarias reducen la fiabilidad de las ECI, a veces de forma tan importante como con las conservas vegetales en La Rioja. Sobre algunos de los problemas de esta fuente y las cautelas con las que hay que afrontar su uso, Carreras (1989: 238-239) y Martínez Carrión (1997).

¹² La descripción de Hermua (1886), años antes, repite lo mismo: «el procedimiento más usual de conservación es el de Appert, que consiste en cerrar los frutos en botes de hoja de lata, que se llenan con el jugo natural de aquellos, agua azucarada, aceite u otra salsa apropiada, se cierran herméticamente y se someten a temperatura del agua hirviendo en (sic) el baño de María»; cit. En Ochagavía (1950: 362-363).

Los pimientos, en grande escala, para el consumo del país y provisión de las fábricas de conservas que en cantidades muy crecidas los exportan a todas partes, satisfaciendo el creciente pedido que se hace, por efecto del crédito que han alcanzado, crédito tan universal que ha hecho del fruto de que se trata una de las cosas características de la producción de la Rioja, por lo cual casi podría excusarse esta digresión; los tomates que también son una abundante primera materia para dichas fábricas; [...y...] los melocotones, de que se verifica también una considerable extracción por medio de las conservas.¹³

Es fácil explicar la rapidez con la que se extendió esta industria. El efecto demostración se alió con otros factores de localización favorables para convertir a La Rioja Baja en un hervidero de actividades comerciales e industriales. Una vez los pioneros exhibieron las ventajas asociadas a la industria conservera, era fácil encontrar seguidores. La utilidad de las conserveras se manifestó enseguida: se trataba de una zona en la que abundaba el regadío y, por tanto, la materia prima; se producía un bien de elasticidad renta media con fácil colocación en otras regiones y en mercados internacionales¹⁴; requería una mano de obra poco cualificada y, por tanto, barata. Por otro lado, las barreras de entrada eran mínimas, habida cuenta de que las instalaciones iniciales no requerían grandes capitales, ni una formación de la mano de obra costosa. En algunos puntos privilegiados, como Calahorra, donde había nada menos que 33 fábricas en 1915, una población de unos 10.000 habitantes disponía de más de 1.700 empleos directos en las conserveras¹⁵.

Por si fuera poco, también había beneficios para las empresas por el lado de la estructura de costes. Hay razones para pensar en cierto control de los industriales sobre los agricultores, que facilitaría el suministro de materias primas baratas¹⁶. Los costes laborales, en particular, se mantenían en niveles muy bajos por dos razones: primero, por el predominio de la mano de obra femenina, con salarios dos tercios menores que los de los hombres; en segundo lugar, dichos salarios no experimentaban tensiones

¹³ Delgado y Masnata (1876: 31-32).

¹⁴ Esta ventaja, sin embargo, era también una limitación a la expansión ilimitada de la industria, habida cuenta de la debilidad de la demanda española. El problema se resolvió cuando, a partir de la primera década del siglo XX, se multiplicaron las ventas al exterior. Gallego Martínez y Pinilla Navarro (1996) situaban a conservas y embutidos en el grupo de «exportaciones con crecimiento permanente», muy fuerte desde la segunda década del siglo XX..

¹⁵ Bien es cierto que las conserveras acostumbraban, en el mejor de los casos, a dar trabajo sólo durante cuatro o cinco meses al año, desde agosto hasta diciembre.

¹⁶ Jordá Padró (1893) sugiere que «la dificultad de la conservación al estado fresco precipita las ventas en plaza», lo que rebajaba los precios en perjuicio de los agricultores y en beneficio de los industriales.

gracias a la pluriactividad de las familias trabajadoras¹⁷. En áreas todavía semirurales, como Calahorra y su comarca, los ingresos familiares dependían sólo marginalmente de los salarios en las fábricas. Lo extendido de la propiedad agraria convertía el trabajo femenino en un complemento para las rentas familiares. Los conserveros podían aprovecharse de la circunstancia pagando salarios muy por debajo del nivel de subsistencia, con la seguridad de que la reproducción de la fuerza de trabajo no dependía de esas pagas¹⁸.

Este conjunto de factores favoreció un crecimiento de la industria sin un crecimiento de las empresas. Con pocas excepciones, la mayor parte de las conserveras tenían unas dimensiones muy modestas. Buena muestra de todo ello la encontramos en la trayectoria seguida por la inversión. A partir del registro de sociedades mercantiles podemos observar de modo indirecto cuáles fueron sus líneas maestras: entre 1885 y 1940 se crearon unas cuarenta sociedades¹⁹ con un capital que, en conjunto, rondaba los 2.000.000 de pesetas, menos del 6 por 100 del total invertido en La Rioja durante esos mismos años. El promedio de inversión, en pesetas constantes de 1913, no llegaba siquiera a las 50.000 pesetas²⁰.

La escasez de la inversión no fue, si embargo, un obstáculo para el cambio tecnológico. El ritmo de mecanización de la industria conservera fue muy rápido. En este sentido, no cabe duda de que un aspecto clave en la multiplicación de las conserveras fue la ruptura con las limitaciones características de una región pobre en recursos energéticos. La electricidad vino a resolver estas carencias. Es muy probable que en los inicios del siglo XX sólo estuvieran mecanizadas aquellas fábricas más

¹⁷ En Calahorra, según la cronología de Gil Andrés (1995: 187-188), entre 1875 y 1907 hubo cinco ocasiones para las algaradas y las protestas populares: una encerrada, un motín por el traslado del obispado, un alboroto por problemas de pesas y medidas en el mercado y dos motines contra los consumos. Curiosamente, una concentración industrial como la existente en aquellos años, en el sector que poco a poco iba ganando un gran relieve en la economía regional, no parecía muy capaz de generar conflictos laborales.

¹⁸ Así, a finales de los años veinte, los salarios femeninos en la industria conservera eran de los más bajos de la provincia; sólo eran peores los salarios de las «pastilleras», las trabajadoras de las célebres fábricas de caramelos de café y leche; Coci (1932: 208).

¹⁹ Es importante señalar que, por las características propias del registro mercantil, no se refleja la creación de conserveras, sino, en la mayoría de los casos, el nacimiento de asociaciones empresariales sobre negocios previamente existentes y, en ocasiones, también un incremento en la capitalización de las empresas.

²⁰ Tratándose de un sector en el que predominaron las empresas familiares, eso no significa que tuviera menos importancia en el conjunto de la economía. Aunque, desde luego, su aportación a la formación de capital fijo fue modesta. La docena de sociedades vinícolas que se creó en las mismas fechas movilizó más del doble de capital, 4,5 millones, con una inversión media de 380.000 pesetas.

importantes, como la que tenían los Trevijano en Logroño «con todos los adelantos modernos», ya en 1903:

Su instalación de calderas, autoclaves, vacinas, calderas y máquinas de vapor y demás supletorias simplifica la operación de tal modo que con una sencillez pasmosa elaboran 16.000 botes diarios de sus diferentes productos, de carnes, pescados, frutas y verduras. En la actualidad está instalando una maquinaria norteamericana completa para fabricar 36.000 botes vacíos al día por un procedimiento ingenioso y económico.²¹

Claro que se trataba de la familia de los pioneros, proveedores de la casa real, «del Zar de Rusia» y del «Conde de Flandes», con una producción conjunta, entre las cinco fábricas de más 50.000 cajas, de las que la mitad se destinaban a la exportación²². Y que, además, había mostrado un talante innovador permanente, visible en la variedad de sus producciones, desde las frutas y hortalizas hasta las carnes y los pescados²³.

Con la generalización de los motores eléctricos, la mecanización se extendió como una mancha de aceite y, frente a lo que se ha dicho en otras ocasiones, antes de los años veinte era ya casi universal. La *Estadística Industrial* de 1915 muestra que 4 establecimientos recurrían al vapor como fuerza motriz en exclusiva, otros 4 utilizaban simultáneamente el vapor y la energía eléctrica, tal vez por problemas de regularidad en el suministro de energía eléctrica, y nada menos que 29 fábricas disponían de motores eléctricos. Entre todas reunían una potencia que rondaba los 350 caballos. Aunque el reparto era muy desigual. La razón “Trevijano Hijos” contaba con 60 caballos procedentes de «fuerza de vapor» y con 25 C.V. de motores eléctricos; mientras, la mayor parte de las fábricas calahorranas disponían de pequeños motores eléctricos de 4,

²¹ *La Rioja*, 1-sept-1903. El «ingenioso y económico» procedimiento se refería a un tren de fabricación que estuvo en uso hasta 1932; Ochagavía (1950: 368-369). Según Hermua (1886: 28 y ss), la fábrica disponía ya en 1886 de dos máquinas de vapor, una sistema «Carnich» horizontal de 30 caballos y otra «Nicholson» vertical de 10 caballos. Según Gómez (1893: 155-157) a finales de siglo se producían al año «400.000 latas de conservas diferentes, 100.000 de frutas en frascos de cristal, 50.000 kilos de sopa de yerbas y unos 10.000 de frutas secas por medio de corrientes de aire».

²² No se trataba de minucias. Como botón de muestra, Martínez Carrión (1989: 336) calificaba la producción de 40.000 cajas en la factoría murciana de Esteva, como de «cifra récord»; y eso para una década más tarde. Sáenz Cenzano (1948: 52), arrebatado otra vez por su entusiasmo, llegó a escribir sobre la familia Trevijano que «se adelantó en medio siglo a Ford en su criterio básico de combatir el desperdicio. Tuvo la intuición de la estructura piramidal del trabajo, haciéndose vinicultor (sic), hortelano, cultivador, ganadero, aserrador, etc.».

²³ Ochagavía (1950: 365) da cuenta, en solemne pareado, de otra novedad: «riojana fue la primera fabricación de sopa juliana». La diversidad de la producción era fundamental si se quería prolongar el ciclo productivo más allá de unos pocos meses al año.

5 ó 6 caballos de vapor. Sea como fuere, al margen de la mecanización quedaban únicamente 14 fábricas, las de menores dimensiones²⁴.

Como resultado de este proceso de crecimiento de la segunda mitad del siglo XIX, la única especialización que se mantendría en la provincia hasta 1955, se encontraba en el sector alimentario. La industria alimentaria había pasado, según la inexacta medida de las cuotas contributivas, a suponer el 68 por 100 de las industrias fabriles riojanas. Este sector había experimentado una transformación profunda, que se prolongaría hasta los años treinta, tanto en el ámbito del vino como en el de las conservas. En 1915, ambos totalizaban el 66 por 100 del empleo agroalimentario y el 37 por 100 de todo el empleo industrial.

La estructura empresarial atomizada facilitó un animado ritmo de creación y desaparición de firmas. En primera instancia, la guerra europea vino a mejorar la coyuntura exportadora para las conservas, generando beneficios fabulosos. La demanda de los países beligerantes impulsó un crecimiento fuera de toda medida. La empresa Hijos de Eugenio Fernández Carrasco, fundada con un capital de 25.000 pesetas, se vio animada para ampliar el capital en 1922 y relataba el periodo de auge con estas palabras:

En el último balance practicado el primero de enero último [1921] arrojó un capital neto de 160.000 pts. Ahora bien, como la escritura de fundación de 21/07/1909 ofrecía sólo el capital de 25.000 pts., la diferencia resultante de 135.000 pts. se reconoció desde luego que era consecuencia o resultado de los beneficios acumulados al capital, obtenidos durante la existencia de la compañía, que atravesó una época floreciente por efecto de la guerra europea y que, en su virtud, el capital social quedaba aumentado en la cantidad expresada como consecuencia de la agrupación de los indicados rendimientos o beneficios.²⁵

Pero, como es conocido, la etapa posterior a la guerra pasó factura. Como se decía antes, entre 1885 y 1940 se crearon en La Rioja cuarenta sociedades dedicadas a la fabricación de conservas. De ellas, nada menos que 16 correspondieron al ciclo inversor

²⁴ Esto permite identificar un problema más de las ECI: Martínez Carrión (1989: 636-637) encontraba en La Rioja de 1915 tan sólo 3 fabricas que «emplean motor mecánico», un pálido reflejo de la realidad. Así, concluía que hasta entrados los años veinte no comenzaría a difundirse de modo relevante el uso de maquinaria moderna en la industria conservera. Según sus datos, en 1925 sólo el 27,8 por 100 de las fábricas españolas había mecanizado sus explotaciones. Quizá, a la luz de la información alternativa que se presenta en el texto habría que revisar esa idea, porque en La Rioja el 73 por 100 de las fábricas estaban ya mecanizadas en 1915. De todas formas, como sugiere Martínez Carrión (1997), las ECI aportan información secuencial sobre la difusión tecnológica aunque «en muchos casos irregular o infravalorada».

²⁵ Registro de Sociedades de La Rioja, hoja registro nº 176, libro 4, ff. 107 y ss.

más dinámico, el periodo entre 1919 y 1922. Pero también en esas fechas desaparecieron más sociedades que nunca: 10 sociedades se disolvieron entre 1920 y 1923. Entre otras, Hijos de Eugenio Fernández Carrasco, que se separaron en agosto de 1922, poco después de la ampliación de capital, en cuanto comprobaron que la extraordinaria coyuntura exportadora se había evaporado y que, como se vio en el balance hecho en 1922, se podían incluso cosechar pérdidas.

Mientras tales cosas sucedían en las conservas, los cambios también se manifestaron en una creciente diversificación del sector industrial, consistente sobre todo en la profundización de la especialización agroalimentaria, pero que se acompañó por un crecimiento palpable del sector del metal y de algunas industrias de bienes de consumo, como textiles, curtidos, etcétera. En los años treinta, el tráfico comercial por ferrocarril ilustra la dirección seguida por la economía riojana, así como el importante déficit de la región en algunos capítulos esenciales para su desarrollo. Los principales productos de exportación eran: cereales, remolacha, vino y «frutas y hortalizas». Las entradas consistían en combustibles minerales, abonos y productos metalúrgicos²⁶.

Aunque no todo era una cosecha de éxitos. Como ha señalado Martínez Carrión, mientras en La Rioja el ramo de las conservas vegetales crecía, en otras provincias, en Murcia sobre todo, pero también en el País Valenciano, en Andalucía y en Cataluña, lo hacía todavía con más fuerza. La historiografía riojana no se ha preguntado por esta circunstancia, a pesar de que puede ser uno de los problemas más estimulantes de la historia económica regional. ¿Se debió a un insuficiente dinamismo del empresariado riojano? ¿a una estructura industrial poco adecuada? ¿a problemas en la distribución? ¿a variaciones en la demanda? El caso es que en 1900 La Rioja lideraba el sector de conservas vegetales, en 1930 no había un liderazgo claro y para 1960 en Murcia había más del doble de industrias conserveras que en La Rioja, en Valencia un tercio más y en Navarra un 20 por 100 más²⁷.

Es posible que en torno a 1930 las conserveras hubieran alcanzado en La Rioja un grado de madurez que entorpeciera su expansión. O quizá se trate, más sencillamente, de que estamos ante una industria cuyas exigencias de localización se vinculan a la capacidad productiva de la agricultura intensiva²⁸. Lo que está claro más allá de

²⁶ En 1932, la partida «frutas y hortalizas» fue, con mucho, la principal de las mercancías expedidas por Calahorra y Logroño. En Coci (1932) se recogen los datos de 1931 y 1932. En Gallego, Germán y Pinilla (1992: 163) se reproducen los datos de 1933.

²⁷ Servicio Sindical de Estadística (1962: 18-19).

²⁸ Tampoco está estudiado, pero sospecho que los productos hortícolas que se transformaban en Calahorra o en Logroño procedían de su entorno inmediato. En 1900 el crecimiento de las industrias

cualquier conjetura, es que el problema no puede plantearse como una crisis regional. Está claro que La Rioja mantuvo el liderato durante sesenta o setenta años y que no lo perdió súbitamente, sino como consecuencia de un ritmo de crecimiento y de innovación más pausado que el de otras regiones. Tal vez nos encontremos ante un buen aprovechamiento de las *ventajas del atraso* por parte de las regiones seguidoras.

Los años siguientes fueron duros para todo el sector. Durante la guerra civil el componente estratégico de las conservas volvió a impulsar la bonanza²⁹, pero más tarde el sector atravesó la peor fase de su historia. Con la política autárquica se les cortaron las alas y no pudieron, durante largos años, hacer frente a los obstáculos que el régimen autoritario iba sembrando a su paso. Las conserveras estaban en una situación muy dependiente de la importación de diversas materias primas: sobre todo de hojalata, así como de clavazón, flejes, cobre para soldaduras, etcétera. La contracción en las importaciones de hojalata alcanzó un grado que impedía el desarrollo de la industria. Según la Cámara de Comercio, la «hojadelata» recibida en el quinquenio 1943-1947 rondaba en torno a una cantidad promedio que equivalía a tan sólo el 10 por 100 de la recibida en el año 1935³⁰. En el caso de las conservas vegetales riojanas, como en tantos otros, ello supuso la escasez de un input esencial para el proceso productivo, que contrajo las dimensiones del sector y obligó a realizar importantes sacrificios. Y esto es particularmente grave en el caso de las producciones sin elaborar, en las que el precio del producto final dependía más del bote de hojalata que de su contenido³¹.

Después de la grave distorsión introducida por los años de la guerra y por las decisiones económicas de los primeros gobiernos de la dictadura, continuó el proceso de

estaba bloqueado por la limitada capacidad de la huerta para aumentar su producción al ritmo de la demanda mundial de conservas. Las dificultades para captar las hortalizas de la huerta valenciana o murciana probablemente eran tantas que el desarrollo de industrias conserveras autóctonas, ligadas a un entorno agrícola propicio, era la única solución. No estaría de más analizar la estructura de costes de esta industria, así como las posibilidades del transporte de productos hortícolas en fresco para comprobar si una conservera podía permitirse o no asumir gastos crecientes para captar materias primas lejanas.

²⁹ Ochagavía (1950: 506) no se recataba en rematar su artículo afirmando «el patriótico papel jugado por ella en nuestra guerra de liberación, produciendo, con vencimiento de toda clase de dificultades, 1.700.000 cajas, con peso de 51.000 toneladas y valoración de 84 millones de pesetas».

³⁰ Así, «las conserverías trabajan a un ritmo menor a la décima parte de su trabajo de anteguerra»; Coci (1947: 151-152). En 1954, continuaban trabajando a un 20 por 100 de su capacidad; INE (1954).

³¹ Consejo Superior de Industria (1954: 186). Ello invitó a elaborar más los productos, transformando, por seguir con el ejemplo propuesto, el tomate al natural en salsa de tomate concentrada. Como consecuencia, «se emplean ya para esto concentradores al vacío y ahora se inicia el procedimiento de desecado de estas pastas, pero realmente todavía no se han generalizado estos sistemas de conservación». Aún así, según el análisis de costes de García Tabuena y Tuñón (1984: 38), todavía en los años ochenta del siglo XX, el precio de la conserva de tomate, de salsa de tomate, era, en un 30 por 100, resultado del coste del envase.

diversificación. La composición interna de la economía se alteró haciéndose más diversa. El 43,5 por 100 del PIB riojano procedía, en 1955, de la suma de las industrias alimentarias —14,5 por 100— y de la agricultura —29 por 100—; llegados a 1975, seguían siendo muy importantes, pero habían rebajado su participación al 25 por 100, después de perder casi diez puntos porcentuales cada uno. Sin embargo, como ya se ha dicho, siguieron desempeñando un papel muy destacado en la determinación del conjunto de la economía gracias a su presencia en los mercados exteriores.

3. La superficie y la producción de hortalizas en la agricultura de regadío.

En este terreno es preciso señalar que tampoco la historiografía local ha avanzado gran cosa. La agricultura riojana contemporánea nos es bien conocida en algunos aspectos hasta 1936, pero, a partir de ahí, muy poco es lo que se ha hecho. El cuidado trabajo de Gallego Martínez (1986) no ha tenido continuidad, y eso nos priva de conocer un elemento trascendental de la economía regional³². Trascendental porque está detrás de la especialización agroalimentaria que ha durado casi un siglo y porque, en La Rioja, el sector se ha comportado de forma ejemplar. Aquí, como en todas las regiones en las que se ha modernizado la estructura económica, la agricultura ha perdido importancia en beneficio de la industria, primero, y después de los servicios. La diferencia consiste en que el sector primario riojano ha disminuido su relevancia tanto por el empleo que genera como por su aportación del PIB, pero la pérdida ha sido menos intensa que en otros lugares³³. Frente a lo que ha sucedido en regiones con un dinamismo similar durante la segunda mitad del siglo XX, tales como Cataluña, Navarra o Aragón, el peso de la agricultura riojana, medido en relación con el conjunto de España, ha mantenido una estabilidad considerable (figura 1). Ello ha sido posible gracias al dinamismo del regadío, que, desde 1955, no ha proporcionado nunca menos del 60 por 100 del valor añadido bruto de toda la agricultura, y que ha llegado en 1990 hasta el 75 por 100. Si a eso sumamos la especialización actual de la provincia en agricultura —compatible con la reciente especialización industrial que ha venido a

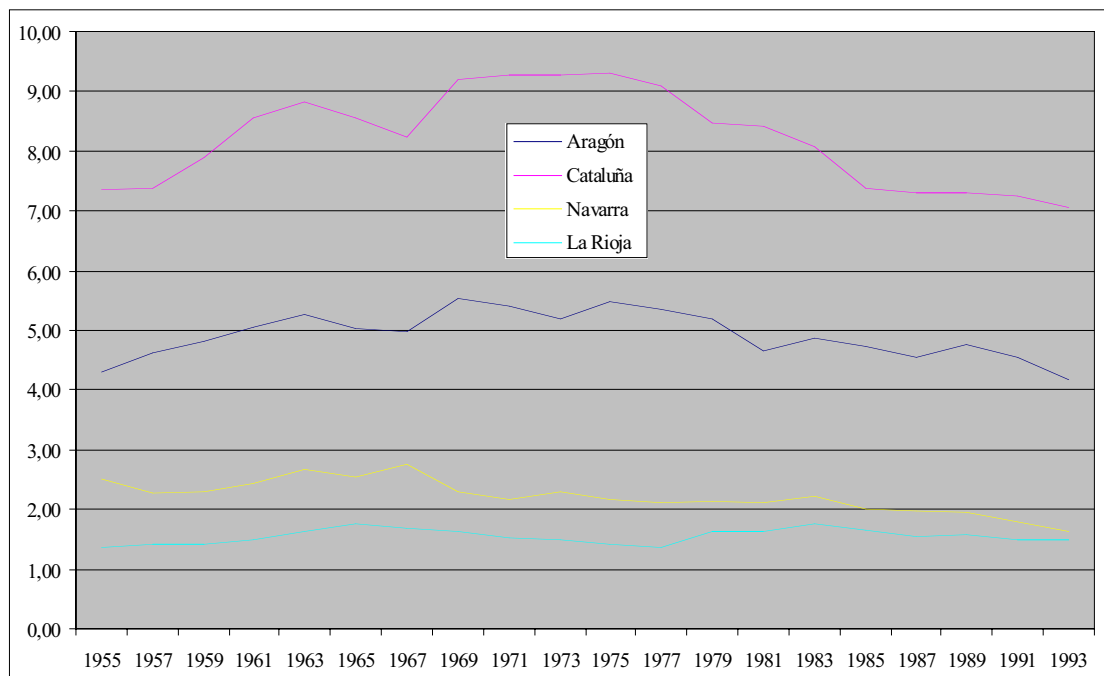
³² Aunque por fin se están haciendo esfuerzos en este sentido. Así, en Gómez Urdáñez (2000) se presenta un análisis de la viticultura y de la industria vinícola. Garrués (2001) ha realizado un estudio sobre la construcción de infraestructuras modernas de regulación hidráulica en el Alto Ebro. En Moreno Fernández (2001) he elaborado una primera aproximación a la evolución del regadío riojano, su extensión y sus usos, durante este siglo.

³³ Ahora bien, aunque ha disminuido su aportación al valor añadido bruto, la agricultura continúa siendo muy importante en un sentido estratégico. En regiones como La Rioja, los ciclos agrarios siguen teniendo una presencia clave en la determinación de las coyunturas, puesto que el campo es el soporte de la industria agroalimentaria, que permanece como un sector crucial dentro del conjunto de la estructura económica.

enriquecer el panorama—, tendremos los datos básicos para hacernos una idea de la importancia del sector.

Figura 1

Evolución del V.A.B. de la agricultura como porcentaje del español (1955-1993)



Fuente: Fundación BBV (1999: I, 94-95).

Por lo demás, la productividad agrícola en La Rioja ha sido, entre 1980 y 1995, la más alta de España. En algunos momentos, ha llegado incluso a duplicar la media nacional³⁴. Sólo Navarra, que no por azar tiene un sector agrario similar al riojano, rondaba esas alturas. Como es obvio, este «hecho diferencial» de algunas economías ibéricas se debe a la intensidad y la eficacia con la que se ha recurrido al regadío y, dentro de él, a los cultivos más productivos. Como veremos en el caso de La Rioja, dichos cultivos han sido precisamente las hortalizas y los frutales, los productos más ligados a la agroindustria.

En efecto, lo que ahora nos interesa no es el conjunto de la agricultura, sino sólo una parte de ella, la relacionada con la industria de conservas vegetales, que se puede suponer corresponde, *grosso modo*, con el regadío plantado de hortalizas y frutales. Con un pequeño comentario para empezar. Después de la fase de auge vitivinícola que tuvo lugar en la segunda mitad del XIX con motivo del tratado comercial con Francia, la crisis finisecular vino a poner las cosas en su sitio. Por si fuera poco, coincidió, en los

³⁴ Cuadrado Roura (1998: 264-266).

inicios del siglo XX, con la llegada de la filoxera y la profunda crisis en la que se vio sumida la vid. Las experiencias conjuntas extraídas de estos problemas agrarios y de la trayectoria previa de los islotes de modernización industrial, dejaron algunas enseñanzas y varios cambios duraderos. En los primeros años del siglo XX, mientras crecía la superficie dedicada al cereal, al viñedo y al olivar, su rentabilidad era cada vez menor. Con los cultivos intensivos, sin embargo, había sucedido casi lo contrario: entre 1900 y 1910 no habían aumentado su importancia superficial pero su rentabilidad había crecido en un 60 por 100³⁵. No hacía falta mucho para darse cuenta de por dónde debía ir el futuro. Así, en 1900 el viñedo había aportado casi hasta la mitad del valor total de la producción agraria riojana, pero después de la crisis los cultivos intensivos serían los encargados de potenciar, diversificando, el sector agrario. Durante el primer tercio del siglo XX el viñedo perdió casi un tercio de su extensión máxima, lograda en la última década del XIX, mientras los cultivos intensivos duplicaban su presencia en el campo riojano, concentrándose más en los mejores terrenos de regadío³⁶.

El proceso incluso se había adelantado en las comarcas beneficiadas por el regadío y estimuladas por la demanda de la industria conservera. Según informa Carlos Amusco, autor de una interesante *Memoria Agrícola* y un excelente conocedor del medio agrario riojano:

En localidades como la de Calahorra el problema se halla resuelto, porque son tantas las fábricas de conservas allí establecidas, que la jurisdicción bien aprovechada por sus laboriosos moradores no produce lo bastante a satisfacer las necesidades de la demanda.³⁷

Ya desde tiempo atrás se habían empezado a sentar las bases de una notable expansión agraria. Eran muchas las voces que reclamaban con insistencia la ampliación de los regadíos; así, Ildefonso Zubía había respondido a un interrogatorio sobre la enseñanza agrícola señalando los problemas de «inmensas tierras» que «están

³⁵ Gallego, Germán y Pinilla (1992: 141-152).

³⁶ Los cultivos intensivos ocupaban algo más de 5.500 hectáreas a finales del XIX, un 3,4 por 100 del espacio agrícola (incluidos barbechos) en 1886-1890 y llegaron al 6,8 por 100 en 1931-1935, con una extensión promedio en ese lustro de más de 11.000 hectáreas, de las que el 85 por 100 se situaba en zonas de regadío. O, lo que es lo mismo, entre 1931-35, los cultivos intensivos ocupaban más del 25 por 100 del regadío de la provincia. Gallego Martínez (1986a: 112-152 y 848-860; también 1986b).

³⁷ Amusco (1898: 85-87). Su competencia queda fuera de toda duda: había fundado la primera fábrica de superfosfatos en Logroño, en 1889, y en 1891 formó sociedad (Amusco y Compañía) con Félix Azpilicueta, para la «explotación de fosfatos» y «elaboración y venta de abonos minerales»; Registro de Sociedades de La Rioja, hoja registro nº 120, libro 3, ff. 165 y ss. Tampoco sus compañías eran malas. El vinatero Félix Azpilicueta Martínez fundó Bodegas El Romeral y fue colaborador, además, en la sociedad Azpilicueta y Belsué, dedicada desde 1902 a la fabricación de conservas vegetales en Alfaro.

condenadas como Tántalo a una sed eterna en medio de la abundancia de aguas»³⁸ por la falta de infraestructuras. La fuerza de las conservas vegetales dio salida a los excedentes hortícolas y produjo importantes efectos de arrastre hacia atrás, sobre todo en forma de una mayor seguridad a la hora de colocar los excesos de producción. Desde los primeros años del siglo XX, esta seguridad ejerció un indudable papel compensatorio en las áreas donde se habían instalado las conserveras. En ellas, el impacto de la filoxera se pudo atenuar gracias al rápido despliegue de alternativas, una opción con la que no contaron en la comarca vinícola por excelencia, La Rioja Alta, donde la crisis equivalió a un auténtico cataclismo.

Cuadro 1

Evolución de la superficie de regadío en La Rioja (1898-1990)

	Regadío total (sin barbechos)		
	Hectáreas regadío	Índice	% de regadío sobre total de la tierra sembrada
1898	30.100	92,6	20,4
1910	27.927	85,9	24,2
1920	30.026	92,4	27,0
1930	33.147	102,0	28,6
1935	34.902	107,4	30,5
1950	30.403	100,0	26,4
1960	40.807	134,2	28,0
1970	43.323	142,5	27,3
1980	44.171	145,3	27,9
1990	48.401	159,2	30,9

Fuentes: para 1898-1935, Gallego Martínez (1986: 860-861); para 1950/1990, Anuarios de Estadística Agraria (1950-51, 1960-61, 1970-71, 1980-81, 1990-91).

En el cuadro 1 se recoge, sin mayores detalles, la evolución de la superficie regada en La Rioja durante el siglo XX. En la última columna, donde se recoge el porcentaje que correspondía al regadío en comparación con el conjunto de la superficie sembrada, se puede ver la trayectoria de ida y vuelta trazada por el regadío: rápido crecimiento desde 1898 hasta 1935, cuando llegó a extenderse por el 30 por 100 de las tierras; importante retroceso hasta 1950 y vuelta a un camino alcista hasta 1990, fecha en la que se ha vuelto a rebasar el 30 por 100. También es significativa la dirección seguida por los números absolutos, que corroboran, en las dos primeras columnas, esta misma

³⁸ Zubía era doctor en farmacia y catedrático del instituto provincial. El texto completo de su respuesta en Archivo del Ministerio de Agricultura, siglo XIX, caja 160, doc. 10.

cronología, con la salvedad de que hubo una reducción de algo más de 2.000 hectáreas entre 1898 y 1910, debida a la retirada de la viña durante los años de la filoxera.

El desarrollo del regadío se produjo, pues, con alguna convulsión inicial. No obstante, la crisis vinícola se salvó con diligencia y en 1920 se había recuperado la superficie, con los cambios productivos ya señalados. El crecimiento de la superficie regada, potenciado durante la segunda y tercera décadas del siglo, venía de más atrás y, no por azar, se había concentrado en La Rioja Baja. Un refuerzo de esta trayectoria los encontramos en el desarrollo de las infraestructuras de riego más tempranas. Buen ejemplo sería el pantano de Calahorra, terminado en 1885 y ampliado en 1897 para dar riego a 4.300 hectáreas. A partir de ahí, se pueden añadir más casos, algo más tardíos, como La Molineta, en Alfaro, que se terminó en 1904 para regar 600 hectáreas; el pantano de Añamaza, en Cervera, con 540 hectáreas regadas; el pantano de La Grajera, en las cercanías de Logroño, terminado en 1880 y ampliado en 1908 para el riego de 865 hectáreas; o el pantano de Amós Salvador, en Navarrete, que se terminó para los años treinta y aseguró el riego supletorio para 600 hectáreas³⁹. Estas iniciativas, sumadas al canal de Lodosa, la obra hidráulica más importante desde la óptica del regadío riojano, configuraron desde los años treinta un reparto del abastecimiento de agua para riego muy concentrado en La Rioja Baja. Núcleos como Calahorra y Alfaro pudieron incorporar al regadío más de 2.000 hectáreas, respectivamente⁴⁰. En la figura 2 se ilustra cómo ha sido en esta área, al este de la región, donde más continúa dominando la importancia del regadío.

³⁹ Todos estos datos en Coci (1930).

⁴⁰ Baigorri y Casado (1984).

INSERTAR MAPA DISTRIBUCIÓN DEL REGADÍO EN LA RIOJA

Después del frenazo de la guerra civil y del primer franquismo, las hortalizas continuaron ganando peso, llegando a constituir la parte esencial de la especialización agrícola. Por grupos de cultivos (cuadro 2) se percibe todavía mejor el dinamismo del regadío riojano. El recorrido ha sido semejante al de otras regiones cercanas, como Aragón, donde los cultivos tradicionales también tendieron a retroceder con fuerza en beneficio de cultivos más intensivos y remuneradores⁴¹. En La Rioja podemos identificar esos cultivos con los cereales de invierno, el viñedo, el olivar y las leguminosas, ordenados según la importancia que todavía conservaban en 1950. En aquella fecha suponían algo más de la mitad del regadío en cultivo, el 50,1 por 100, y en 1990 su peso había descendido a menos de un tercio del total, el 32,2 por 100. Como se ve en el cuadro, han sido los cultivos intensivos, sobre todo las hortalizas, la patata, los frutales, algunos cultivos industriales y algunas plantas forrajeras las que han aumentado su importancia porcentual. Las hortalizas han multiplicado casi por tres su extensión, la patata la ha duplicado con creces y las plantaciones regulares de frutales han ganado más de 6.500 hectáreas, cuando hace cuarenta años eran prácticamente inexistentes⁴².

Cuadro 2

Distribución del suelo agrícola de regadío en La Rioja (1950-1990)

	1950		1960		1970		1980		1990	
	Has.	%	Has.	%	Has.	%	Has.	%	Has.	%
Hortalizas	5.450	16,8	7.955	18,3	9.549	19,7	10.275	21,7	15.113	30,2
Cereales	9.632	29,6	13.440	31,0	14.175	29,2	11.188	23,6	9.429	18,8
Leguminosas	1.274	3,9	2.080	4,8	2.865	5,9	912	1,9	757	1,5

⁴¹ Ibarra y Pinilla (1999). Una trayectoria que no hacía más que recuperar, con mucho retraso, la tendencia del primer tercio del siglo; Gallego (1986), Pinilla (1995).

⁴² Evidentemente, el hecho de que en los cincuenta no aparezcan frutales en este cuadro no significa que no existieran. Lo que no existía eran las plantaciones regulares, pero había abundantes árboles «diseminados» entre otros cultivos, cuyas superficies, por desgracia no pueden ser estimadas ante el riesgo de duplicar las mismas extensiones.

Tubérculos	3.030	9,3	2.770	6,4	4.400	9,1	8.013	16,9	7.300	14,6
C. industriales	1.758	5,4	4.211	9,7	2.201	4,5	2.600	5,5	3.918	7,8
Flores	0	0,0	0	0,0	0	0,0	9	0,0	8	0,0
Frutales	0	0,0	480	1,1	1.783	3,7	3.405	7,2	6.587	13,2
Viñedo	5.338	16,4	4.480	10,3	1.840	3,8	1.352	2,9	1.545	3,1
Forrajes	2.300	7,1	2.841	6,5	4.470	9,2	5.301	11,2	3.379	6,7
Olivar	1.622	5,0	2.550	5,9	2.040	4,2	1.118	2,4	367	0,7
Barbechos	2.100	6,5	2.600	6,0	5.250	10,8	3.250	6,9	1.688	3,4
Total	32.503	100,0	43.407	100,0	48.573	100,0	47.421	100,0	50.088	100,0

Fuente: ver cuadro 1.

La clarísima relación entre la industria, el comercio y la especialización agrícola se puede complementar con un dato adicional: como muestra la *Estadística Agraria Regional*, el crecimiento de estas variedades ha venido asociado a una distribución espacial cada vez más especializada. En 1990, el 84 por 100 de la superficie plantada de patatas estaba situada en La Rioja Alta, gracias a los canales de comercialización de este producto que se ubicaron, desde el primer franquismo, en torno a Santo Domingo de la Calzada⁴³. En las mismas fechas, el 56 por 100 de las hortalizas se producían en La Rioja Baja⁴⁴, la zona en la que las conservas vegetales han tenido una mayor presencia histórica. La razón principal de esta evolución ha consistido en la interacción de la agricultura con otros sectores económicos. La industria agroalimentaria del entorno, encarnada sobre todo en las conserveras, ha estimulado la dedicación del regadío a las hortalizas y los frutales, como ya hicieran en fechas anteriores las azucareras de Alfaro, Calahorra y Miranda de Ebro⁴⁵. Por otra parte, también hay que contar con que desde La Rioja se ha articulado uno de los más potentes núcleos de comercialización de productos frescos, lo que ha significado una estrecha vecindad de los agricultores con los canales de distribución más importantes hacia el País Vasco⁴⁶. Así, no es extraño que la capacidad productiva de La Rioja Alta encontrara fácil salida, hasta el punto de

⁴³ En los años cuarenta, según datos de la Central Reguladora de la Patata, salieron enormes cantidades de este producto hacia el norte: Bilbao, San Sebastián y otras comarcas vascas. Es muy probable que de entonces date la importancia redistribuidora de los mayoristas riojanos. Por otro lado, Lasanta Martínez (1994: 73) ha señalado también la importancia de los factores ambientales en la explicación de la concentración de los cultivos patateros.

⁴⁴ Lasanta Martínez (1994: 72).

⁴⁵ El hecho de que La Rioja haya perdido la primera posición como región conservera no ha afectado en gran medida a esta área, gracias, entre otras cosas, a la difusión de nuevos establecimientos en la cercana ribera navarra.

⁴⁶ El 84 por 100 de las exportaciones de «productos del reino vegetal» sin elaborar correspondían en 1990 a las hortalizas, pero este flujo de productos se basaba en la producción autóctona sólo en parte, dado que lo demás se importaba por un valor equivalente al 51 por 100 de las importaciones del mismo capítulo; Apellániz y Riaño (1993: 275). Sobre estas cuestiones, se puede consultar el trabajo de Tuñón y García Tabuena (1984).

que, cuando en junio de 1959 se pidieron informes al grupo provincial sindical sobre la posibilidad de exportar excedentes agrícolas a Austria, respondieron sin dudarle:

que en esta zona no existen excedentes agrícolas, puesto que la producción de dichos artículos es consumida en su totalidad por las capitales del norte de España próximas a nosotros y por las fábricas de conservas vegetales establecidas a tales fines, siendo éstas las que podrían ofrecer productos agrícolas fabricados.⁴⁷

Así pues, es obvio que hay una relación directa entre la especialización agroalimentaria de La Rioja Baja y el desarrollo de las hortalizas en el regadío de la zona. Pero no todo está claro en dicha relación. Los mecanismos de transmisión entre una y otra distan mucho de haber sido ni siquiera planteados. De hecho, sólo podemos plantear conjeturas acerca del modo concreto en que se han articulado agricultura e industria.

En primer lugar, la localización de la industria de conservas vegetales en esta zona pudo basarse en razones agroclimáticas. Siendo ciertas las bondades del clima, del suelo y la feracidad de la huerta riojana, no lo es menos que las relaciones comerciales con el País Vasco habían formado desde antiguo vías de comercialización de muchos productos agrarios. Esta práctica histórica había generado también prácticas capitalistas tempranas, de manera que, una vez estuvo disponible la tecnología necesaria para sacar más partido a los excedentes agrícolas, fue sencillo encontrar quien emprendiera el negocio. Con mayor lógica aún cuanto la latitud de la región implicaba una maduración tardía de las hortalizas, circunstancia que imposibilitaba la entrada en el mercado en las fases de precios más altos, que sí pueden alcanzar y disfrutar las comarcas de latitudes más meridionales y las variedades de frutos tempranos. La conservación, por tanto, sería un resultado complejo de las aptitudes naturales del regadío, de la existencia de empresarios capaces de poner en marcha una industria competitiva, y de los estímulos biológicos necesarios para maximizar los beneficios, soslayando las fluctuaciones de los mercados.

En segundo lugar, las industrias conserveras, aun siendo pequeños establecimientos con baja capitalización, han sido muy competentes a la hora de buscar alianzas y sistemas de colaboración entre sí con el fin de asegurar mercados, de encontrar otros nuevos y de garantizar el suministro de materias primas. No lo han hecho creciendo, pero sí mediante la cooperación informal. De esta forma, se crearon organizaciones corporativas, como la calagurritana Asociación Conservera Española, nacida en 1918, o

⁴⁷ AGA, Sindicatos, 3.245.

la Sociedad Anónima Cooperativa Conservera de Agricultores Riojanos, constituida en agosto de 1920⁴⁸. Los objetivos declarados de la primera eran:

La defensa de los intereses comunes a los asociados; gestionar la obtención de mejoras que puedan conceder el Gobierno, los Ayuntamientos, las compañías ferroviarias, compañías navieras o cualquiera otra entidad; perseguir por todos los medios que estén al alcance de la Asociación el uso del nombre de Calahorra en mercancías de inferior calidad cuando éstas no hayan sido fabricadas en Calahorra para evitar el descrédito consiguiente y prohibir el empleo de dicho nombre en toda clase de botes a todos aquellos fabricantes o comerciantes que no estén establecidos en la ciudad de Calahorra; velar por la mejor selección de semillas de pimiento a fin de poder llegar a que el fruto sea dulce, calidad exigida hoy por el comercio y que es preciso conseguir en bien de la industria; facilitar a los asociados los informes que tengan de comerciantes insolventes o de mala fe, a cuyo fin se requiere a todos los asociados para que remitan a la directiva todos los informes malos que tengan o pudieran en lo sucesivo tener para formar un registro.⁴⁹

No sólo la cooperación entre empresas está bien documentada. También la preocupación institucional por fomentarla era muy conspicua, aun cuando no se dirigiera más que a potenciar el rumbo natural emprendido por el sector privado. En la memoria de la Cámara de Comercio riojana correspondiente al año 1930 —de publicación en 1932— se señalaba «la dificultad en los suministros de hojalata por parte de La Vasconia y La Vizcaya», lo que hacía «necesaria la importación de este producto del extranjero». La economía real no tardó en resolver el reto. El mismo año en que se publicó tal informe se constituía la sociedad «Envases Metálicos Riojanos», promovida por la conservera Moreno y Compañía, S. L., y fundada con la participación de Vasconia (Bilbao), Altos Hornos de Vizcaya (Bilbao) y Crédito Navarro (Pamplona), dos metalúrgicas y una entidad financiera. Inscrita en mayo de 1932 con un capital superior al millón de pesetas, en 1948 había expandido su capital, tras sucesivas ampliaciones, hasta 10 millones.

Sin embargo, las relaciones entre agricultores y conserveros rara vez han llegado a adquirir una estructura formal, con códigos fijos. A primera vista, la impresión es que les unían, más bien, vínculos informales, normas tácitas y pautas de comportamiento no escritas. Sin duda, sujetas a variaciones a lo largo del tiempo. Lo que no significa

⁴⁸ La culminación de este proceso fue la formación, en 1928, del Comité Oficial Mixto de Fabricantes de Conservas de Frutas y Hortalizas, que unía a todas las asociaciones del estado; Martínez Carrión (1989: 630-631).

⁴⁹ Registro de Sociedades de La Rioja, hoja registro nº 261, libro 6, ff. 11 y ss. Obsérvese que la aspiración principal de la Asociación era la protección del mercado mediante la diferenciación de producto que se lograría con la potenciación de la «marca» de la región en una época en la que ni siquiera el vino había avanzado mucho más en la definición de las denominaciones de origen.

inestabilidad, sino búsqueda de la estabilidad al calor de los cambios y las coyunturas. Como muchas agroindustrias, las conserveras de finales del XIX y de principios del XX, sin medios apropiados para importar hortalizas y frutas de otras áreas, dependían de los resultados del regadío riojano y de las decisiones productivas adoptadas por los agricultores, que no tenían por qué ser siempre las más adecuadas⁵⁰. Y dependían también del ciclo agrario, trabajando intensamente cuando abundaba la materia prima y cerrando durante varios meses al año.

Los agricultores, por su parte, han estado muy condicionados por las necesidades de la industria. En una zona como La Rioja, donde los propietarios son mayoría, abundan también las explotaciones de muy pequeñas dimensiones. En 1950, por ejemplo, eran propietarios el 70 por 100 de los labradores. La abundancia de la pequeña propiedad hacía viables las explotaciones con el simple recurso a la mano de obra familiar, pero reducía su capacidad de negociación con los industriales y los situaba en una posición de dependencia. La relación, sin embargo, ha funcionado, porque este hecho no ha frenado la intensificación, al menos en lo que al uso de abonos inorgánicos y productos químicos se refiere. Lo cual no deja de ser sorprendente, puesto que normalmente se pretende que las estructuras básicas del sector agrario riojano no son las más apropiadas para reaccionar con presteza ante cambios en el mercado. De hecho, dentro del entorno del valle del Ebro, el fenómeno más singular de La Rioja es el abrumador minifundismo de la parcelación y de las explotaciones, dos características especialmente reseñables para el regadío. En cuanto a las explotaciones, más del 80 por 100 se mueven en extensiones entre 0 y 10 hectáreas, contrastando con sus provincias más cercanas —ese porcentaje era de un 70 por 100 en Navarra, un 65 por 100 de Zaragoza y un 50 por 100 en Álava—, dato que hay que matizar, no obstante, con la constatación de que en La Rioja, el porcentaje de explotaciones sin tierra es ligeramente menor que en el resto de la comarca. En 1972, según el *Censo Agrario de España*, había en La Rioja nada menos que 489.315 parcelas, de las que 387.739 tenían una extensión inferior a la media hectárea. Todavía hoy las estructuras agrícolas riojanas siguen presentando esta peculiaridad⁵¹. Como botón de muestra, baste comprobar cómo, teniendo la mitad de

⁵⁰ Aunque algunas empresas ya han invertido en tierras riojanas y en otras áreas para coordinar las oportunidades agrícolas con la demanda de conservas, todavía hoy esa dependencia sigue vigente. De hecho, el fracaso de las cooperativas conserveras se debe en parte a esto. Según relatan García Tabuenca y Tuñón (1984: 41-43), las cooperativas de los cincuenta y sesenta eran empresas *forzadas*, se comprometían a adquirir todo lo que sus socios agricultores producían, a despecho del mercado de conservas y de la viabilidad económica. Los efectos fueron ruinosos.

⁵¹ Junto a otras que pueden parecer aún más sorprendentes; Díaz Yubero (1993: 211), por ejemplo, señalaba como uno de los rasgos característicos de la agricultura riojana, el «exceso de mecanización» en relación con la superficie cultivada.

población que Navarra, el número de activos agrarios es en La Rioja virtualmente idéntico al de la comunidad vecina⁵². Lo más singular, a pesar de ello, ha sido la evolución de la productividad de la agricultura riojana, la más alta de España, como ya se ha dicho.

4. Conclusiones

Este último dato es, quizá, el más expresivo del éxito con el que se ha abordado históricamente en La Rioja el desarrollo paralelo de la agricultura y de la industria. Poco más se puede añadir con el estado actual de la investigación. En cualquier caso, pocas dudas ofrece la existencia de estrechos vínculos entre la especialización hortofrutícola de la agricultura de regadío y el desarrollo de la industria agroalimentaria. Ambas han ido de la mano desde el nacimiento de las conserveras y se han retroalimentado de forma constante, en especial desde que, a principios del siglo XX, el vino dejó de ser un cultivo hegemónico en el área de expansión del regadío. En el largo plazo, el resultado no admite dudas: el peso que las hortalizas han alcanzado en el sistema agrícola riojano no tiene comparación con las regiones adyacentes y, desde el punto de vista comarcal, se ha concentrado en el área donde más falta hacía.

Aunque salta a la vista que el propósito, por el momento, no podía ir más allá de hacer una primera aproximación que señale los vínculos existentes y que apunte algunas evidencias básicas, también es preciso señalar en estas conclusiones un aspecto esencial no resuelto que habrá que abordar en el futuro. En particular, resultaría esencial indagar en el modo concreto que industriales y agricultores encontraron para coordinarse y en cómo sus relaciones han ido cambiando a lo largo del siglo XX. En los años ochenta se produjeron duros conflictos entre ellos. Las guerras del pimiento o del tomate, por ejemplo, han dejado una huella profunda y han sembrado de resentimientos algunas comarcas. Tal vez, la falta de noticias respecto de sucesos parecidos en épocas anteriores se pueda interpretar como fruto del vacío historiográfico, pero también es posible que sea muestra de la solidez de unos métodos de coordinación, o de dominio por parte de los industriales, que eran más capaces de conseguir la colaboración, o la sumisión, precisa para que funcionaran sin sobresaltos el suministro de materias primas, el ritmo de trabajo industrial y, tal vez, la fácil salida mercantil de los productos agrarios. El desarrollo del sector del vino, tan conspicuo en esta región, se ha producido gracias a lo que se ha calificado como un «pacto entre desiguales»⁵³. Un pacto tácito de «no agresión» en el que ha predominado el dominio de los poderosos bodegueros sobre

⁵² En concreto, en 1998 había en Navarra 11.602 activos en el sector primario, por 11.607 en La Rioja.

⁵³ Gómez Urdáñez (2000).

los pequeños viticultores, con efectos óptimos para aquellos y no excesivamente malos para éstos. Y un pacto que ha dejado, lógicamente dado su carácter implícito, poca huella documental. No sería extraño que algo similar sucediera en otras industrias agroalimentarias, con las diferencias obvias que existían entre las condiciones de funcionamiento de una conservera y de una bodega.

Bibliografía

- Amusco, Carlos (1898), *Memoria agrícola*, Logroño.
- Apellániz Gómez, María Teresa y Consuelo Riaño Gil (1993), «La industria agroalimentaria», *Papeles de Economía Española. Economía de las Comunidades Autónomas. La Rioja*, pp. 259-278.
- Baigorri, Artemio y Abel Casado (1984), «El Canal de Lodosa», en M. Gaviria y A. Baigorri (dirs.), *El campo riojano*, Logroño, vol. I, pp. 272-292.
- Bermejo Martín, Francisco (1993), «La economía riojana desde una perspectiva histórica (1850-1980)», *Papeles de Economía Española. Economía de las Comunidades Autónomas. La Rioja*, pp. 59-76.
- Calvo Sáenz, José Antonio (1980), «La Rioja: renta nacional y renta regional (1955-1975)», *Cuadernos Aragoneses de Economía*, pp. 297-307.
- Cámara Oficial de Comercio e Industria de la Provincia de Logroño (1930), *Memoria descriptiva del desarrollo comercial e industrial de la provincia*, Logroño.
- Cámara Oficial de Comercio e Industria de la Provincia de Logroño (1932), *Memoria descriptiva del desarrollo comercial e industrial de la provincia*, Logroño.
- Cámara Oficial de Comercio e Industria (1947), *Importadores, exportadores y embotelladores de La Rioja*, Logroño.
- Cámara Zorzano, María Jesús (1993), «El sector exterior y la economía riojana», *Papeles de Economía Española. Economía de las Comunidades Autónomas. La Rioja*, pp. 88-104.
- Carreras, Albert (1989), «Industria», en A. Carreras, coord., *Estadísticas Históricas de España. Siglos XIX-XX*, Madrid, pp. 169-247.
- Climent López, Eugenio A. (1992), *El proceso de industrialización en La Rioja*, Logroño.
- Consejo Provincial de Fomento (1915), *Estadística Industrial de la Provincia de Logroño*, Logroño.
- Consejo Superior de Industria (1954), *Memoria 1954*, Madrid.
- Delgado y Masnata, Antonio Tadeo (1876), *Memoria sobre el estado de la Agricultura e Industrias Derivadas en la Provincia de Logroño*, Logroño.
- Derry, T. K. y T. I. Williams (1977), *Historia de la tecnología*, Madrid.
- Franco Aliaga, Tomás (1994), *La Rioja: dos siglos de industrialización*, Madrid.

- Elvira, José (1861), *Memoria leída en la Junta Provincial de Agricultura en la sesión de 4 de junio de 1860*, Logroño.
- Gallego Martínez, Domingo (1986b), «El factor agrario riojano (1855-1935): de la especialización vitícola a la diversificación de la producción agraria», *Brocar. Cuadernos de Investigación Histórica*, nº 12, pp. 45-88.
- Gallego Martínez, Domingo (1986a), *La producción agraria de Álava, Navarra y La Rioja desde mediados del siglo XIX a 1935*, Madrid.
- Gallego Martínez, Domingo y Vicente Pinilla Navarro (1996), «Del librecambio matizado al proteccionismo selectivo: el comercio exterior de productos agrarios y alimentos en España entre 1849 y 1935», *Revista de Historia Económica*, año XIV, nº 2 y 3, pp. 371-420 y 619-639.
- Gallego, Domingo; Germán, Luis y Vicente Pinilla (1992), «Transformaciones económicas en el Valle del Ebro (1800-1936)», en J. M. Serrano Sanz, dir., *Estructura económica del Valle del Ebro*, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 129-166.
- García Tabuenca, Antonio y Patxi Tuñón, «La industria de conservas vegetales en La Rioja», en M. Gaviria y A. Baigorri (dirs.), *El campo riojano*, Logroño, vol. II, pp. 31-57.
- Garrués, Josean (2001), «El desarrollo de las infraestructuras hidráulicas del Alto Ebro en el siglo XX», Inédito.
- Gil Andrés, Carlos (1995), *Protesta popular y orden social en La Rioja de fin de siglo, 1890-1905*, Logroño.
- Gómez, Francisco Javier (1893), *Logroño histórico. Descripción detallada de lo que un día fue y de cuanto notable ha acontecido en la ciudad desde remotos tiempos hasta nuestros días*, Logroño.
- Gómez Urdáñez, José Luis y otros (2000), *El Rioja histórico. La Denominación de Origen y su Consejo Regulador*, Logroño, Consejo Regulador de la D. O. Rioja.
- Hermúa, Jacinto (1886), *La Rioja. Memoria descriptiva*, Madrid.
- Ibarra Benlloch, Paloma y Vicente Pinilla Navarro (1999), «Regadío y transformaciones agrarias en Aragón (1880-1990)», en R. Garrabou y J. M. Naredo (eds.), *El agua en los sistemas agrarios*, Fundación Argentaria / Visor, Madrid.
- Instituto Nacional de Estadística (1954), *Reseña estadística de la Provincia de Logroño*, Madrid.
- Jordá Padró, Jacinto (1893), *Logroño económico*, Logroño.
- Lasanta Martínez, Teodoro (1984), «El medio rural y la producción agropecuaria», en J. M. García Ruiz y J. Arnáez Vadillo (dirs.), *Geografía de La Rioja. II. Geografía Humana*, Logroño, Caja Rioja, pp. 39-145.
- Martínez Carrión, José Miguel (1989), «Formación y desarrollo de la industria de conservas vegetales en España, 1850-1935», *Revista de Historia Económica*, VII, nº 3, pp. 619-649.
- Martínez Carrión, José Miguel (1997), «La industrialización española y las fuentes fiscales. Una valoración regional desde la *Contribución Industrial*, 1856-1950», en

VI Congreso de la AHE. 5ª sesión. Fuentes fiscales para la historia económica de la España contemporánea.

- Moreno Fernández, José Ramón (2001), «La producción agrícola en el regadío riojano en el siglo XX», inédito.
- Nadal, Jordi (1987), «La industria fabril española en 1900. Una aproximación», en J. Nadal, A. Carreras y C. Sudrià, comps., *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*, Barcelona, pp. 23-61.
- Ochagavía Fernández, Diego (1950), «Notas para la historia conservera riojana», *Berceo*, nº 15-16, pp. 357-372 y 493-508.
- Ochagavía Fernández, Diego (1955), «Conservas de La Rioja», en *La industria conservera española*, Madrid, pp. 83-87.
- Sáenz Cenzano, Salvador (1948), «Apuntes históricos de Logroño. Industria», *Berceo*, nº 6, pp. 43-62.
- Sáenz Cenzano, Salvador (1951), «Estado actual y posibilidades de la agricultura riojana», *Berceo*, nº 20, pp. 357-373.
- Pinilla Navarro, Vicente (1995), *Entre la inercia y el cambio. El sector agrario aragonés, 1850-1935*, Madrid.
- Servicio Sindical de Estadística (1962), *Estadísticas de producción industrial. 1961*, Madrid.
- Tuñón, Patxi y Antonio García Tabuenca (1984), «La producción y mercado en fresco. Flujos y balance alimentario de los productos agrícolas comercializados sin transformación», en M. Gaviria y A. Baigorri (dirs.), *El campo riojano*, Logroño, vol. II, pp. 7-30.